Está muerto

■ ■ Nora Carolina Rodríguez Sánchez*

Ni para qué despertarse tan temprano, da lo mismo. Por el calor tuvo que hacerlo, porque en este pueblo te levanta el calor o te levanta el frío. El cuarto para dormir tiene el techo de lámina que con el sol del verano funciona como un gran comal. Los pájaros saben muy bien que no deben sentarse ahí. Acabarían rostizados.

La casita con esos dos cuartos en un solar grande, con su excusado al fondo del patio, fue lo que pudo comprar con lo que le dejó su padre, hacía más de treinta años. Consiguió unos tabiques e hizo un gallinero y esa mañana fue a darles de comer a las cinco gallinas flacas; también a recoger los dos o tres huevos del día. En un tiempo también tuvo un par de marranos, pero los vendió y ya no buscó otros.

Llenó la olla de peltre con agua y la puso a calentar para hacer café. La vida transcurría mejor con un café. A pesar del olor que era capaz de animar hasta al más enmuinado, esa mañana tenía como atravesado un sentimiento en el estómago, o en el corazón. No sabía de su marido desde el jueves pasado y aunque no era la primera vez, siempre que él se desbalagaba, ella se ponía muy nerviosa, sobre todo porque conocía sus pasos de malora. Seis días ya sin saber de él y aunque dinero no le faltaba porque mal no le iba, pero quien sabe qué andaría haciendo. Sí que estaba preocupada.

Se tomó el café y tendió la cama. Corrió la cortina para ver hacia la calle. No había ni un alma. Casi nunca había gente por ahí. Salió al patio y desde lejos vio a su vecina Salustia que se estaba afanando con sus propios animales; más tarde fue a ver qué le pasaba y era que una marrana casi iba a parir. Hablaron de la venta de dos lechones y se pusieron de acuerdo en el precio. Nomás no cuadraban los números a la hora de revisar cuánto cuesta engordar un animal porque la forrajera daba bien caro el alimento, pero era bonito criar marranitos y podría hacer unos tamales en

diciembre. Ya sus dos hijos casados a lo mejor irían a cenar con ellos. Salustia le entregaría los lechones en un mes o mes y medio.

Mientras, a ver de dónde sacaba fuerzas porque el tipo no aparecía. Fue a tres cuadradas de ahí, a casa de Román que sabía vida y milagros de medio mundo, pero dijo que en esta ocasión no, dijo que se habían ido su compadre y el tal Fernando rumbo a Vaquerías a estrenar una camioneta que trajeron del otro lado pero que él no sabía de ellos.

Regresó a su casa y buscó algún quehacer. Un bote con cuentas de diferentes colores revueltos, había que juntar todos los que eran iguales. Se preguntó si la vida sería así, los diferentes a un lado, los iguales con los iguales. Tal vez así debía ser.

Se volvió a hacer de noche y así pasaron otros cinco días. Ya eran once días en total y fue a buscar a su hijo mayor. “Las cosas son muy simples amá. Si fuera un lío con otra mujer todos sabríamos, pero no es eso, usted lo sabe mejor que nadie, y pos la otra es que esté por ahí tirado en una brecha”. “Cállate y que la boca se te haga chicharrón, mil veces preferible que ande de cabrón, pero como bien dices, ni tú ni yo ni nadie cree eso. Total, habrá que esperar”.

En el día dieciséis se estacionó frente a su casa una camioneta de la policía rural. Desde afuera gritaron su nombre y ella sintió un sabor amargo que le atoró la garganta para contestar. Abrió el postigo y el rural le dijo que no traía buenas noticias. Ella dijo muy bajito: está muerto.

Según inventaron después, cayó un aguacero por donde andaban y se les hizo fácil meter la troca al río al cabo que era nueva y le apostaron a cruzar, pero era mucha agua y no pudieron pasar; total, tuvieron que dejarla ahí en medio del río y salieron sin modo de comunicarse ni quien los acercara al pueblo, caminaron varios kilómetros con los zapatos mojados, la ropa mojada y hasta el alma se les mojó.

* Nacida en Monterrey en 1957. Profesional de la educación, ha colaborado en publicaciones como *A Lápiz*, *Conciencia Libre*, *La Quincena*, *Nosotras y Trastienda*.

Lo que no se entendió nunca fue por qué les cortaron los dedos de la mano derecha y para qué les arrancaron la lengua; el hijo se empeñaba en asegurar que eso no era cierto y a pesar que ya estaban echándose a perder, todos apestosos, ella se metió al cuartel de policía porque necesitaba ver con sus ojos que fuera su marido ese muerto y muy a su pesar, efectivamente, le habían cortado dos dedos. De la lengua no supo porque ya que constató su presencia, prefirió salirse de ahí. Le pidió

a su compadre Lino una camioneta, cerró la casa y encargó las gallinas a Salustia y se fue hasta cruzar el río, la frontera. Ella no quiso saber del funeral ni del entierro, ni nada. Se quedó unos días con una sobrina y ya después regresó a lo mismo de siempre. El calor, el solazo, el terregal en verano y el frío que te entume en invierno.